

Confirmaré este resultado probando la impotencia de todas las demás doctrinas para producir en el hombre la virtud de la humildad.

Fuera de la doctrina católica, solo existen tres doctrinas: el racionalismo, el protestantismo y los cultos no cristianos. Podría no hablar de los cultos no cristianos, porque de hoy en más ha terminado su imperio en el mundo, existiendo solamente la lucha final entre la doctrina católica, el racionalismo y el protestantismo. Así pues, si el tiempo urge, solo diremos sobre ellos una palabra.

El racionalismo es el esfuerzo de la inteligencia para explicarse el misterio de los destinos por sí sola, sin el auxilio de ninguna revelación, de ninguna tradición, de ninguna autoridad. Esta palabra, Señores, es una palabra moderna: hanla creado los católicos del siglo XIX; y es una palabra de creación feliz, porque es una palabra llena de equidad. Cuando se estableció en el mundo el racionalismo, es decir, esa abstracción de toda revelación, de toda autoridad, se hallaron embarazados los católicos: no podían dar á este esfuerzo de la inteligencia el nombre de filosofía, porque ellos mismos tienen una filosofía; existe una filosofía cristiana, una filosofía católica. Llamar filosofía al racionalismo era darle un nombre que había llegado á ser sagrado para los católicos, y transportarlo á un género de especulación enteramente opuesto á su doctrina y á su método. Algunos apologistas llamaron á la filosofía moderna *filosofismo*; pero esta expresión, arriesgada acá y acullá, no pudo obtener generalidad ni estabilidad, precisamente porque encierra una injuria. Quien dice *filosofismo* dice amor al sofisma; sin embargo, se puede ser racionalista por educación, por el giro del espíritu, por cualquier desgracia; se puede buscar en sí mismo, en su inteligencia, la explicación del misterio de los destinos, y no ser necesariamente un corazón entregado al sofisma. La palabra era pues desgraciada. Los católicos del siglo XIX crearon la de racionalismo, admitida hoy en todas las lenguas de Europa, suerte inevitable de toda palabra propia y bien formada; y está bien formada porque expresa sin injuria lo que quiere decir.

El racionalismo no tiene ni aun la pretensión de inspirar la humildad. Ve la llaga del orgullo, al menos así lo creo, y busca en la modestia un contrapeso á este mal sentimiento de nuestra naturaleza; pero la modestia no es más que la imitación artística de la

humildad; oculta el orgullo sin destruirlo; lo oculta, porque el orgullo es un vicio tan enemigo de la humanidad, que le es imposible al hombre mostrarlo. Sed el genio más grande del mundo: tened en la frente toda la gloria imaginable; si se aparece sobre ella el orgullo, sois un hombre odiado y deshonrado. El mundo solo da la gloria, con la condición de que se lleve sin dejarse deslumbrar de ella, y pareciendo aun más grande que ella. Por esto la modestia es un acto de primer orden, que el racionalismo aprecia por necesidad. Hace aun más.

Yo reconozco que no existe solamente una falsa modestia, que solo es un velo para cubrir el orgullo, sino que existe también una modestia sincera, cierta calma, una posesión moderada de sí mismo que hace que el hombre que llega á un rango honorífico concluya por contentarse con él. Pero aquí no hay más que una virtud de sabio privilegiado, una virtud de gabinete y de salón, que no penetra hasta las entrañas del hombre, y no es más que la calma de un orgullo satisfecho que mide con la prudencia la inanidad de los votos ulteriores. El racionalismo no tiene parte alguna en este ligero sueño del orgullo, obra de una naturaleza templada, y no obra de esta doctrina que, haciendo de la inteligencia individual el principio y la regla exclusivos de la verdad; es la creadora de un orgullo particular, el más fuerte de todos. Los hombres por lo común no aspiran más que á la primacía de nacimiento, de fortuna, de genio, de poder; el racionalista, capaz de desdeñar todo esto, coloca su trono aun más alto, y verá sin admirarse el día en que, por una consecuencia lógica, se estime Dios ó el *absoluto*.

El protestantismo es el esfuerzo de la inteligencia para ponerse en posesión de la revelación sin auxilio de autoridad alguna. Por lo que desde luego se ve que el protestantismo no es otra cosa que un racionalismo mitigado. El racionalismo se establece como independencia del pensamiento, como queriendo sacar de él la verdad; el protestantismo, aceptando la revelación, quiere, no obstante entrar en comunicación con la palabra divina por medio del esfuerzo individual del alma. No admite al hombre entre él y Dios, porque el hombre rebaja al hombre: orgullo religioso que arruina la sociedad espiritual, como el orgullo común arruina la sociedad humana. Así, los hombres y las obras de humildad, tan frecuentes en la Iglesia católica, no han aparecido jamás en el protestantismo, y además se ha alterado visiblemente bajo este respecto en los pueblos protestantes el carácter cristiano. Si alguna vez os habeis

acercado á una poblacion dominada por esta doctrina, habréis discernido fácilmente en el lenguaje y en la fisonomía, que abandonabais la frontera de la humildad para entrar en una de las fases del orgullo. Nada tan célebre, por ejemplo, como el ceño hereditario de la capital del calvinismo.

La Inglaterra, ese país por el que debemos rogar, porque si bien se halla alejado desde hace tres siglos de la verdad católica, y ha derramado la sangre de muchos hermanos nuestros, no obstante, se levanta para él el crepúsculo de un día mas puro; la Inglaterra nos presenta tambien, á la primera mirada, la caída sensible de la humildad cristiana. No lo digo por criticar, lícito es aun á la caridad mirar algunas veces la frente del ángel decaído, para conocer mejor el signo de la verdad en su mismo oscurecimiento ó en su desaparicion. ¿Quereis, pues, ver los efectos de una falsa doctrina en un gran país? Observad el estado de la domesticidad en Inglaterra. No puede verse nada mas seco, mas duro, menos humano que el comercio del Inglés con su criado. Ya no se conoce allí la divinidad del doméstico; allí no se sabe ya que Jesucristo fué el primer doméstico del mundo. Ha reaparecido el desprecio del hombre con la alteracion de la doctrina católica, y es mas instructivo el espectáculo, cuando trayendo nuestro pensamiento á los bellos recuerdos de nuestro país, recordamos lo que eran entre nosotros los criados, la familia de la casa, el anciano que nos habia tenido en otro tiempo en sus rodillas, la nodriza que nos habia criado, el apoyo y el honor que mostraban en los antiguos castillos del feudalismo y en todas las santas casas del reino cristianísimo. No hay duda que ya no son estas mismas costumbres las del día, al menos no lo son en tan alto grado; pero ¿quién las ha mudado sino la debilitacion de la fe, sino la invasion del racionalismo y de todas esas doctrinas que impelen al hombre al orgullo, hablándole de fraternidad? La palabra humana, cualquiera que sea, no basta para sustituir en la organizacion del hombre la arteria de la humildad á la arteria del orgullo. Se puede querer, aunque no sea mas que por pudor, imitar las ideas y los sentimientos del verdadero cristianismo; pero esta misma imitacion revela, por su impotencia, en la doctrina católica, la sola semilla que ha recibido el don de la eficacia, y con él el signo inalienable de la divinidad.

En cuanto á los cultos no cristianos, nada diré terminantemente. Son cuerpos muertos en el campo de batalla, en que se disputan el mundo el error y la verdad. ¿Qué quereis que diga de Júpiter y de

Mercurio? La Grecia, Roma, el mismo Mahoma eran aduladores lisonjeros de las pasiones del hombre. ¿Qué mas quereis que os diga de la humildad respecto de ellos? Cuando ha sepultado la victoria bajo ruinas y sangre aquellos á quienes holla, ¿quereis que un orador venga un dia sobre estos *túmulos* á entonar un cántico de triunfo y á probar que estas gentes muertas no tenian ni virtud ni verdad? Toda doctrina que no sea la doctrina católica, lisonjea el orgullo y las inclinaciones corrompidas del hombre por un punto ó por otro, Zenon lo mismo que Epicuro; y si se hallase una doctrina de mano humana que tuviera toda la arquitectura de la verdad, probaria tambien, por su impotencia, que no basta la verdad cuando se trata de virtudes mas fuertes que el hombre.

Vuestro primer tesoro, jóvenes cristianos, es pues el de la humildad; tesoro que os ha procurado la paz, tesoro á que debeis hermanos y amigos que jamas os hubiera dado el orgullo. Este es, digo, vuestro primero y vuestro mayor tesoro personal; pero es tambien vuestro tesoro para la humanidad entera y para nuestra comun y querida patria. Vosotros lo abriréis sobre la una y la otra, y enseñaréis á estas generaciones, turbadas por ambiciones que no serán satisfechas, lo que un hombre de Estado que aun vive, ha llamado la santa escuela del respeto, y yo añado: La santa escuela del respeto en el amor, y del amor en el respeto. Volveréis á enseñarles el respeto y el amor de la superioridad, el respeto y el amor de la igualdad, el respeto y el amor de la inferioridad. Reconciliaréis entre ellos las clases y las suertes, no con frases vanas, sino por medio de sentimientos profundos, por actos en que conocerá el pobre la grandeza, y que acercándole al hombre, le acercarán tambien á Dios. Aplicados á esta gloriosa tarea, que solo á vosotros os pertenece, no os dejaréis conmovier por los clamores que os acusen de delinquir contra Dios y los hombres; porque vosotros les opondréis ese mismo tesoro de humildad, y en esta acusacion reportaréis la alegría de la injuria perdonada. El mundo os necesitará tarde ó temprano; la experiencia de doctrinas que no son vuestras, se acabará bajo los ojos abiertos del género humano. ¡Solo necesitaréis esperar, y la paciencia es tambien un fruto de la humildad! Hijos únicos de esta virtud, sagrados patriotas del tiempo, porque lo sois de la eternidad, subid al Capitolio, y allí, empuñando el cetro de caña, la frente coronada de espinas, los hombros cargados con la púrpura sangrienta, permaneced en pié ante el ultraje, y esperad en paz el porvenir que os busca y que os hallará; no un

porvenir de reposo, sino un porvenir en que se acrecerá el número de los que creerán, amarán y sufrirán con vosotros ; porque mientras el reino de Dios sea el reino de la humildad, no habrá en él gloria sin humillación, victoria sin derrota, alegría sin dolor. Vosotros sois semejantes al Océano, cuya legítima ambicion es dilatar sus playas, pero que sabe que acreciéndolas, acrece tambien sus borrascas.

## SERMON VIGÉSIMO SEGUNDO.

### **De la castidad que produce en el alma la doctrina católica.**

Habéis comprendido la fuerza y la fecundidad del terreno al que ahora hemos descendido. Dejamos la region especulativa de las ideas para entrar en la region práctica de los sentimientos y de las virtudes, y por consiguiente entre el terreno en que estábamos y el en que nos hallamos, hay la diferencia que entre lo que solo se verifica por el espíritu y lo que se efectúa por las mas accesibles realidades ; y si habéis comprendido bien mi pensamiento, habréis entendido que hay virtudes reservadas como signo de la doctrina divina. Porque, Señores, lo conocéis muy bien, si existe una doctrina divina, si es cierto que Dios se haya dignado establecer en la tierra una enseñanza emanada de sus labios, si desde que está en el mundo, es decir, desde que hizo el mundo, habla, habla en voz alta y en voz baja, habla al universo entero y á cada alma que ha creado ; si esto es cierto, bien veis que es absolutamente necesario que la doctrina divina produzca algo que jamás pueda producir la palabra humana, por mucho que desee contrahacer estos signos omnipotentes. Dios, Señores, se ha reservado pues verdades, se ha reservado virtudes, se ha reservado instituciones ; y la gran prueba del cristianismo, su prueba popular, el pan cotidiano de su demostracion, no es el milagro que pasa, aun resucitando los muertos, no es la profecía, aunque mas permanente que el milagro ; no, la prueba perpetua y viva del cristianismo, es que toda vista descubre en él, un poco mas tarde ó mas temprano, verdades, virtudes é instituciones reservadas : y es que Dios ha hecho como un gran rey, que, además de las magnificencias exteriores de sus palacios, posee en el interior, en sitios mas secretos, un tesoro de cosas privadas, cuyo santuario solo revela á sus amigos mas queridos.

Ya hemos dicho que la primera de las virtudes reservadas es la humildad. Dios solo hace los humildes con su doctrina católica ; todas las doctrinas humanas sin excepcion, desde Platon hasta